



## Principios o conveniencia

Ciudadanía, 22/04/2019



El otro día me topé con amigos de secundaria y pude disfrutar dos horas de gratuidad. De comunicación distendida, sin mayor compromiso, en un clima de afectos que sólo se puede lograr con el compañerismo no contaminado que uno construye en la adolescencia. Luego, enfrascado en el trabajo, pensaba en cómo uno se pone a la defensiva si alguien le plantea que busca su lealtad. Porque muchos confunden lealtad con incondicionalidad.

Cuando era joven soñaba, como tantos, con tener un millón de amigos. En el camino, me fui equivocando muchas veces. Hoy puedo afirmar que la interdependencia, el respeto, la tolerancia a la diversidad, son factores claves para convivir y colaborar en un proyecto común. Que se debe respetar el mandato imperioso de no intentar nunca cambiar a otra persona o intervenir en su vida más allá del consejo, si es que éste se solicita y acepta.

De joven, sufrí equivocaciones por querer atribuir al mundo de la política la sana visión de la época universitaria. En situaciones límite reconocí las amenazas del odio exacerbado y también la nobleza de personas buenas que no se contaminaron con el odio. En la madurez, en la orfandad de confianzas, uno vuelve los ojos a los viejos amigos, que quedaron como bengalas en algún recodo. Porque con ellos el afecto se ha mantenido, aunque cada cual haya seguido rumbos diversos. Confiar significa tener siempre presente un nombre amigo a quien recurrir cuando surja la ocasión. Es saber quién no falla, quién es serio, a quien puedes recomendar, quien no te dejará mal. Cuando hay amistad puede que el amigo esté, por circunstancias de su desarrollo, en un alto sitio. Pero basta una llamada, un nombre, para que se desmantele en torno a él toda la parafernalia del poder, todas esas secretarías que juegan al jefe ocupado en permanentes reuniones. Y la llegada es siempre directa.

Pero el juego del poder es distinto y tiene su dinámica particular. Así se vive y se siente hoy en Chile, con una vorágine de hechos develados que, a cada paso, a cada escándalo de corrupción, nos demuestra el fraude que hemos vivido y del que hemos sido víctimas como sociedad.

Una democracia atada a pactos secretos, a un sistema binominal que perfeccionó la repartija, con tráfico de influencias, vasos comunicantes secretos entre el poder económico y la política; con financiamiento inescrupuloso a los partidos políticos, con vista gorda a delitos tributarios, con perdonazos, condonaciones, clases de ética. Con un importante abstencionismo en las elecciones, con un marketing lleno de engaños y promesas jamás cumplidas. Todo lo cual ha trastocado los valores

democráticos en su profunda esencia.

Viviendo en una plutocracia, campea la corrupción, manda el poder del dinero y quien no lo tiene vive una verdadera neo-esclavitud, que es en gran medida consecuencia del alto endeudamiento y la precariedad laboral. Nada más alejado de la ética que la práctica política instrumental. Nada tiene de democrático un partido sin ideario, sin un sistema interno participativo y democrático efectivo, en el que se pueda contrastar propuestas con la fuerza de la razón y el debate. Los partidos como instrumento de poder están atados al corto plazo. Se reacciona a encuestas, se organizan comisiones, mesas de trabajo, se quiere dar señales, marcar tendencias para la encuesta de fin de mes, pero nadie quiere llegar al fondo de las cosas.

El dinero es un instrumento para alcanzar el poder o bien el fin implícito del poder al que se aspira. Las máquinas políticas así como levantan un líder, así también lo abandonan. Son diestras en destruir adversarios, los contradictores son vistos como enemigos. Las redes de conveniencia permiten armar una campaña política donde se transan los principios por la conveniencia, Te doy tanto y mi factura es ésta. Cuando al político instalado en el poder le pasan la cuenta, pierde su independencia, pierde su legitimidad. Alianzas concebidas en este marco son frágiles palabras. Son retórica.

La confianza real hacia las instituciones se deberá recuperar con honestidad de los políticos y con fidelidad a ideas fuerza, que sean objetivos de consenso, que realmente prioricen los cambios y comprometan valores que enmarquen todo el quehacer público.

El liderazgo debe sustentarse en la solvencia moral, la integridad y consecuencia de esos líderes y en la adhesión convencida y libre de los ciudadanos. Los eslóganes ideológicos venden humo si no tienen la contrapartida de medidas concretas. Pero esto no se da por inercia, requiere tocar fondo, sólo de las crisis surgen los verdaderos cambios. Sólo liderazgos basados en principios pueden dar sentido de nuevo a la convivencia en justicia y equidad. Sólo la unidad que decline los egoísmos, podría imprimir justicia al sistema. Sólo personas con entrega genuina pueden liderar el proceso de recuperación de la política. Un liderazgo ético el que permitiría dinamizar grupos de trabajo, potenciar movimientos políticos, mover a la sociedad hacia ideas fuerza, hacia una sociedad que acabe con el festín de los corruptos, generando hechos políticos que devuelvan legitimidad a las instituciones republicanas. Hasta ahora, lamentablemente, los partidos políticos confunden la lealtad a un ideario común con el clientelismo. Y en ese contexto, todas las consideraciones son de conveniencia, distorsionadas por los intereses. Pero, es una premisa indesmentible que un mosaico de egoísmos podrá cuotear el poder, mas nunca llegará a construir un proyecto político sostenible y de largo plazo.

Periodismo Independiente, 21,04.2019 @hnarbona en Twitter